

Un trabajo perfecto

Carlos Alonso Sanz

Un trabajo perfecto

SEPTEN EDICIONES

A mis padres, a mi familia y a todos aquellos amigos y amigas que me han ayudado en la realización de ésta mi primera novela.

CAPÍTULO I

Lo había conseguido. Increíble. Maravilloso. Quizás cómico. Uno de los procesos de selección más duros que jamás había pasado. Me pareció impresionante el número de *tests* psicológicos que tuve que rellenar. Agotador, pero lo había logrado. Ya era miembro de SGM, una empresa en vías de crecimiento que me ofrecía un futuro profesional tan grande como el tamaño de un rascacielos, o así me pareció a mí cuando la amable voz de la responsable de Recursos Humanos de la Empresa me citó en las oficinas centrales de SGM para pormenorizar mi contrato.

Me sorprendió la forma en que me recibieron. Una recepción cálida, pero al mismo tiempo con un toque rancio que me hizo sentir un pequeño escalofrío. Como que algo no iba tan bien como yo pensaba.

Recién salido de la Universidad, había empezado a trabajar como becario en una pequeña empresa de Consultoría, haciendo trabajillos de consultor para empresas dedicadas al mundo de las Telecomunicaciones, y cobrando cuatro duros. Después, cambié «a mejor», si es que se le puede llamar así, dejando mi puesto de *puto* becario, tal y como me llamaban en plan cariñoso mis más allegados (con amigos así es mejor no tenerlos), y dedicándome al mundo de la programación, diseñando algoritmos y programas relacionados con nuevas tecnologías, de las cuales muchas hoy día están ya totalmente obsoletas.

Recuerdo vagamente que solía aprovechar el poco tiempo libre que mis patronos de la informática me dejaban por la tarde para estudiar y aprender como un poseso aquel libro, panfleto, revista de quiosco y cualquier papel donde se hablara de tecnologías incipientes y arquitecturas de las nuevas redes de Telecomunicaciones que por aquel entonces bullían, a veces sin ton ni son, como un jovencillo un poco repelente recién licenciado, con ganas de comerse el mundo. Tenía tantas ideas y tantos sueños que, la verdad, no sabía como hilarlos para obtener un objetivo concreto. ¡¡Y no hablemos de amores!! Si me hubiera dedicado a intentar sacar la Diplomatura en Amor y Felicidad, creo que nunca la hubiera conseguido. Lo mío siempre ha sido la Ciencia, no las mujeres.

Y por fin, un anuncio escueto en un periódico. Buscaban a un joven licenciado, con algo de experiencia en esto, que hubiese trabajado en lo otro... El caso es que lo primero que pensé fue que el anuncio atraería a muchísima gente, ya que no pedía muchos requisitos específicos para el puesto de responsabilidad que decía ofertar. Normalmente, te esperas algo así como licenciado en cuatro carreras, bilingüe en cinco idiomas, y que controle todos los sistemas operativos habidos y por haber, y mayor de cuarenta años. Pero no, las necesidades para cubrir el puesto eran más o menos básicas, ya se sabe, inglés con un nivel medio, manejo de los típicos sistemas operativos, y sobre todo, buscaban a un recién licenciado. Parecía una de esas bromas y jugarretas a la que nos tienen acostumbrados los profesionales de Recursos Humanos, con los que todavía, a día de hoy, no soy capaz de reconciliarme y a los que considero más que compañeros, traidores. Pero en esta vida tiene que haber de todo.

Volviendo a mi calurosa recepción, me hallaba esperando más de media hora en una salita de color ocre y mal decorada, cuando una hermosa mujer, de pelo negro, alta y con cuello de cisne, vestida con un traje de falda corta me pidió que me reuniera con ella, con una voz suave y melodiosa que casi me incitó a otra cosa.

El repentino embobamiento que me causó ver a esa mujer en todo su apogeo me hizo por un instante el olvidar ese discurso que durante tres horas había preparado para agradar a mi interlocutor, y me hizo sudar más de lo que yo había imaginado. Esa mujer era la responsable de los Recursos Humanos de la que iba a ser mi nueva empresa. ¿Por qué todas las mujeres que trabajan en Recursos Humanos son tan bellas? ¿Será de verdad o quizás es una ilusión óptica? ¿Estará casada? Todas estas tonterías suelen ser las preguntas que se suelen pasar por la cabeza de un pobre jovencillo que sólo se ha dedicado a estudiar, dejando otros quehaceres terrenales a personas más experimentadas.

—Así que tú eres Rafael Camacho —me dijo firmemente mi nueva musa— ¿Por qué no me hablas un poco de ti?

—¿De mí? Eeeh,... ¡ah!, de mi experiencia profesional. Sí, claro, cómo no... —la verdad es que estos titubeos me hicieron sen-

tir como un verdadero estúpido al decir lo que dije, y aún me da un poco de vergüenza el pensar como actué después de escuchar a mi bella interlocutora la pregunta del millón.

Le conté todo mi bagaje como alumno en la Universidad, y también mis pinitos en el frío mundo empresarial, con un gran entusiasmo, quizás embriagado por esos ojos de color verde esmeralda que miraban profundamente los míos. No me di cuenta de que lo que le estaba soltando lo había hecho ya en tres de las cinco pruebas del proceso de selección, pero ¡qué caray!, para una vez que creo que estoy ligando.... Cuando terminé mi exposición, ella de una forma muy suave, sacó de un sobre un contrato y un papel con una serie de condiciones, y me dijo:

—Bien, Rafael, has sido elegido por SGM como responsable de Interconexión y Planificación de Red. Este es el contrato y estas son las condiciones. Léelas y si ves algún inconveniente, podemos negociarlas.

Esperaba un sueldo un poco más grande que en mis anteriores puestos de trabajo, pero no podía dar crédito a lo que veía. Pensé para mis adentros «¡¡Por Dios Santo!!, ¡¡cuadruplica mis mejores expectativas!! Y, ¿qué es eso de coche de empresa?»

Mi nuevo amor observó claramente que no tenía ninguna intención de protestar ni sacar más tajada, pues más no podía pedir. Más vale pájaro en mano que ciento volando. Y nunca he sido avaricioso.

En quince días empezaba. Tiempo suficiente para escribir a mi anterior empresa una fría carta diciéndoles más o menos «ahí os quedáis», claro está que en un plan formal donde los haya. Recuerdo que mi antiguo jefe, un verdadero impresentable y conecedor de nada, me intentó hacer una contraoferta, alegando que mi valía era extraordinaria y todas esas payasadas que se dicen para que uno reconsidere su situación y de este modo, seguir perteneciendo a la antigua empresa, de la que yo deseaba huir. Mi jefe no quería para nada que le dejara empantanado con el proyecto que yo desempeñaba por aquel entonces y del que se tendría que encargar si yo no estaba. Él sabía que tarde o temprano la cosa le pesaría bastante sin mi apoyo y mi desempeño, ya que lo que tenía de orgulloso y señor feudal, le faltaba

de inteligente y tenaz. Claro que cuando oyó lo que me tenía que soltar para que yo me quedara, solo le faltó sacar una pistola del cajón de su despacho y pegarse un tiro. Pero así son las cosas, cada uno en su vida es lo que es, y quizás yo sea un poco mercenario con esto del trabajo. Bueno, a fin de cuentas, todos somos mercenarios cuando se trata de nuestra comodidad y nuestra felicidad.

Lo que me atrajo de mi nueva empresa era algo que nunca había experimentado. Responsabilidad, mucho dinero, cochecito para fardar con las nenas; en definitiva, un futuro prometededor, un pelotazo, la leche, dicho en términos coloquiales. Mi familia y mis amigos, felices por mi suerte. Mis enemigos, que se fastidien. Al fin habían reconocido lo que era, o eso pensé en ese momento. «No me despertéis del sueño, por favor», rezaba siempre que podía.